

Peter Peetz

Las “maras”: el pandillismo juvenil en Honduras, El Salvador y Guatemala

“El deseo de destruir tiene que surgir si no se satisface el deseo de crear.”
Erich Fromm

1. Introducción

En América Latina el tema de la niñez y la juventud está adquiriendo una importancia cada vez mayor. Una de las razones son los cambios demográficos ocasionados por un crecimiento poblacional que se ha mantenido en un nivel comparativamente elevado durante cinco décadas a partir de 1940 y sólo recientemente ha entrado en una fase más moderada (Wöhlcke 2000: 30; Sangmeister 2003). Por un lado, el crecimiento poblacional pone en entredicho el desarrollo socioeconómico de la región porque resulta difícil lograr un crecimiento económico que supere considerablemente el crecimiento de la población.¹ Por otro lado, el aumento de la población en décadas pasadas ha provocado un fuerte efecto en la pirámide poblacional de edad. Actualmente casi un tercio (31,5%) de los habitantes de América Latina tiene menos de 15 años, mientras que en los países industrializados (OECD) esta cifra ronda el 20%. En Honduras, El Salvador y Guatemala los datos son aún más extremos con 41,2%, 35,4% y 43,3% respectivamente (CEPAL 2002a). Si bien el porcentaje de la población joven ha

1 En muchos de los países más pobres de la región, varios de ellos situados en el istmo centroamericano, la población creció a un ritmo más rápido que la economía. En Honduras, por ejemplo, la población creció un 3% en promedio anual entre 1980 y 2000 mientras que la economía sólo creció un 2,7%. El aumento del PIB del 2,5% en el año 2002 fue considerado un éxito de la política económica del gobierno. Sin embargo, no llegó a elevar el PIB *per capita* (y mucho menos el nivel del desarrollo humano), porque el crecimiento poblacional del 2,6% (y el hecho de que las mayores tasas de partos por mujer se registran entre los sectores más pobres de la sociedad) lo rebasó y lo “devoró”. Cfr. UNDP (2003) y <http://www.dbla.de/03_economic_research/02_lateinamerika_datenbank/01_lateinamerika_datenbank.html> (16.8.2004).

disminuido levemente en las últimas dos décadas, el número de jóvenes ha aumentado en cifras absolutas.

Este desarrollo poblacional obviamente tiene consecuencias graves para el sistema social y educacional de estos países. El aumento de la población joven (en cifras absolutas) produce una demanda creciente de los recursos económicos a destinarse a estas políticas. Pero desde finales de los años ochenta, la tendencia de los gobiernos ha sido más bien la de estabilizar o bien reducir los gastos sociales como parte de los ajustes estructurales realizados en el marco del modelo de desarrollo neoliberal.² Y el prometido auge económico, si es que lo hubo, no bastó para que una mayor oferta de trabajo para padres y jóvenes redujera significativamente la necesidad de desempeño social y educativo del Estado. Los niveles educativos y las condiciones de vida de la mayoría de los niños y jóvenes no mejoraron. En cuanto al “capital humano”, la brecha entre el mundo industrializado y las sociedades latinoamericanas (y en especial las de Centroamérica, con excepción de Costa Rica) se profundizó, ensombreciendo las perspectivas profesionales y socioeconómicas de los jóvenes en América Latina.

Como era de esperar, la precaria situación socioeconómica de la generación joven ha tenido fuertes implicaciones en el comportamiento social de sus integrantes, lo cual a su vez cambió el panorama sociocultural de la organización social de los países. Miles de jóvenes desintegrados socio y económicamente en toda América Latina encontraron su propia salida a la exclusión y marginalización social: la delincuencia juvenil.

La película *Cidade de Deus*, dirigida por Fernando Meirelles (2002), contribuyó a llamar la atención en todo el mundo sobre las condiciones de vida de los adolescentes en las favelas brasileñas. La cinta puso especial énfasis en la violencia que viven estos jóvenes y en su indiferencia categórica con respecto a las normas del Estado. A diferencia de Brasil, otras regiones de América Latina no cuentan con los recursos económicos, intelectuales y culturales para tener una industria cinematográfica que pueda competir (aunque sea esporádicamente) con la de países industrializados. Pero esto no quiere decir que

2 En el caso de Honduras, por ejemplo, la combinación de la demanda creciente con políticas de austeridad ha conducido a una disminución del gasto social *per capita* de US\$ 60 en 1990/91 a US\$ 57 en 1998/99 (CEPAL 2002b: 269).

en otros países latinoamericanos la situación de la juventud sea mejor o que no se hayan desarrollado formas de comportamiento juvenil (anti-)social muy específicas y dignas de analizar.

En Centroamérica –y con especial gravedad en Honduras, El Salvador y Guatemala– las pandillas juveniles o “maras” constituyen una forma de organización social de jóvenes indisolublemente asociada a la delincuencia y la violencia. Las maras han alcanzado tal poder y tantos militantes, y han ocasionado semejante daño a la población y a los Estados, que hoy en día toda acción política o social dirigida a la población joven es valorada según las consecuencias que pueda tener con respecto a las pandillas juveniles. No se puede hablar de niñez y juventud en Centroamérica sin hablar de la delincuencia juvenil y de las maras.

Este tipo de maras es relativamente reciente en América Central. Sus orígenes se remontan a los años ochenta, pero fue a mediados de los noventa cuando las maras se convirtieron en una forma masiva de organización social y las sociedades afectadas empezaron a percibirlas como un problema de seguridad grave. Se calcula que en los países centroamericanos entre 70 y 500 mil niños, adolescentes y adultos jóvenes forman parte de pandillas juveniles. Las estimaciones cuantitativas son muy divergentes (ver tabla). Lo que no se cuestiona es que los países más afectados son El Salvador, Honduras y Guatemala. En Nicaragua el problema todavía es incipiente pero con tendencia a incrementarse.³

3 Un estudio de la CEPAL acerca de la marginalización de jóvenes en Centroamérica ofrece una explicación razonable del hecho de que Nicaragua se vea (todavía) menos afectada por las maras que Honduras, El Salvador y Guatemala: “En este contexto, un país como Nicaragua, que padeció la guerra interna pero no tuvo un flujo migratorio tan importante a los Estados Unidos como el de El Salvador o México, tampoco tiene un problema desmesurado con las pandillas juveniles, limitadas en parte por el peso de las características rurales del país y la incidencia y severidad de la pobreza” (CEPAL 2001: 23).

Tabla: Estimaciones sobre el número de personas pertenecientes a maras

	Not. Aliadas ¹	El Nuevo Diario ²	Inforpress ³	S. Ramírez ⁴
Centroamérica	—	70.000	80.000-500.000	—
Guatemala	100.000	14.000	—	200.000
El Salvador	35.000	10.500	—	35.000
Honduras	80.000	36.000	—	100.000
Nicaragua	—	4.500	—	—
Costa Rica	—	2.600	—	—
Panamá	—	1.385	—	—
Belice	—	100	—	—

¹ Ayala (2003).

² *El Nuevo Diario* (Managua) (12.12.2003).

³ *Inforpress Centroamericana* n° 1544 (23.01.2004).

⁴ Ramírez (2003).

La edad de la mayoría de estos jóvenes oscila entre 12 y 30 años, pero se ha comprobado también la participación de algunos niños de 9 y hasta de 7 años. Mientras que en Nicaragua varias maras independientes –muchas de ellas con un marco de acción limitado a un solo barrio marginal– han logrado preservar su existencia, en El Salvador, Honduras y Guatemala casi todas las pandillas pertenecen a una de las dos grandes redes internacionales: la “Mara Salvatrucha” (“MS”) y la “Mara Dieciocho” (la “18”). En Guatemala⁴, Honduras y El Salvador pero en medida creciente también en Nicaragua y México, las pandillas juveniles son mucho más que un problema de importancia secundaria –como las *street gangs* en Estados Unidos–. En Centroamérica se trata más bien de un tema central del debate político actual.

Este artículo enfoca primero la génesis y las estructuras de las pandillas juveniles en el triángulo norte de América Central tratando los orígenes de las pandillas juveniles y su evolución. Se analizan también las jerarquías que existen en el interior de un grupo y qué tipo de organización rige entre los grupos que conforman la red transnacional de la mara. Luego se analizan las características socioculturales

⁴ En Guatemala el fenómeno del pandillismo se concentra sobre todo en la capital, donde ha generado problemas masivos de seguridad, y en menor medida en otras tres o cuatro ciudades grandes.

de las pandillas haciendo hincapié en su expresividad estético-comunicacional. Más adelante apartamos la vista de los jóvenes para dirigir la mirada a las medidas adoptadas por diferentes actores con el objetivo de contrarrestar el pandillismo. Se examinan las reacciones de las instituciones gubernamentales, no-gubernamentales y externas: ¿cuál fue la respuesta de los tres poderes del Estado y qué resultados se han logrado hasta ahora?, ¿qué tipo de actividades han llevado a cabo las ONGs, las Iglesias y la cooperación externa frente al problema y qué papel podrían o deberían jugar? Al evaluar los efectos del pandillismo para las sociedades centroamericanas se pondrá énfasis en una categorización del conflicto: en consideración del gran número de pandilleros armados y de las medidas cada vez más represivas del Estado se plantea la hipótesis de que existe una nueva forma de conflicto armado que se asemeja en ciertos aspectos a una guerra civil. En busca de las causas sociales y psico-sociales del fenómeno se analizan, para concluir, las funciones que tiene la mara para sus integrantes, relacionándolas con la situación y la posición de los jóvenes en la sociedad centroamericana.

2. Causas, orígenes e historia de las maras

Las guerras civiles desatadas en Centroamérica en los años ochenta y principios de los noventa son el punto de partida para explorar los orígenes las maras. El fenómeno se puede considerar con cierta razón como una consecuencia tardía de esos conflictos armados. Durante los enfrentamientos sangrientos entre la guerrilla y el Estado en El Salvador, Guatemala y Nicaragua miles de centroamericanos emigraron a los Estados Unidos para huir de la violencia política y la decadencia económica y social en sus países.

En metrópolis como Los Angeles y Nueva York la gran mayoría de ellos tuvo que asentarse en los barrios o guetos latinos en donde los inmigrantes hispanos por largas generaciones habían intentado realizar el “sueño americano”.⁵ Cuando se agudizó el desempleo y se recortaron los programas sociales destinados a los sectores desfavorecidos de la sociedad durante el gobierno de Ronald Reagan, muchos centroamericanos y sus hijos, al igual que los integrantes de otras comunida-

5 Para un análisis muy comprimido de la historia y la situación actual de los migrantes latinoamericanos en Estados Unidos ver Hoffmann (2003).

des inmigrantes, se vieron despojados de sus perspectivas de un futuro mejor. Entonces, para un gran número de jóvenes y adolescentes, la violencia de las *street gangs*, el comercio y el consumo de drogas y la delincuencia en general sirvieron como válvula de escape de su difícil situación social. Los centroamericanos y sus descendientes no se limitaron a incorporarse a las pandillas dominadas por blancos y afroamericanos, sino que comenzaron a formar estructuras propias.

La denominación que adoptaron estas pandillas integradas y lideradas mayoritariamente por centroamericanos (y entre ellos especialmente por salvadoreños)⁶ fue “mara”. Con esta expresión, las pandillas hacen referencia implícita a otros tipos de asociación juvenil pre-existentes a ellas, especialmente a las maras estudiantiles. Desde los años cincuenta en los países centroamericanos se formaron grupos de estudiantes (sobre todo colegiales) con la finalidad de contribuir al “honor” y al prestigio de su institución escolar o universitaria apoyándola, por ejemplo, en eventos deportivos de una manera que recuerda al *hooliganism* europeo.⁷

Sobre el origen etimológico de la palabra “mara” existen varias teorías. Según la versión más conocida y más aceptada entre los mismos mareros, “mara” es una forma abreviada de “marabunta”, una especie de hormiga oriunda de la selva amazónica que invade en masa un área y devora toda la flora y fauna que allí se encuentre.⁸ No obs-

6 La inmigración salvadoreña sobre todo a Los Angeles, el foco más importante del pandillismo latino en Estados Unidos, superó la de las otras naciones centroamericanas. Por la intensidad del conflicto armado y por la densidad poblacional que intensificó la presión social, la emigración de El Salvador fue más fuerte que la de los demás países, y por una tradición establecida de inmigración, los salvadoreños de esa época también favorecieron Los Angeles como destino. Según Jorge Gilbert “en 1983 [...] el número de salvadoreños en los Estados Unidos ascendía a casi 500.000; de éstos, entre 200.000 y 300.000 se habían radicado en Los Angeles, convirtiéndola así en la segunda ‘ciudad salvadoreña’ más grande del mundo” (2000: 16).

7 Las maras estudiantiles siguen existiendo como forma paralela a las maras callejeras o barriales que son el objeto de análisis en este artículo. Aunque se constata también cierto nivel de violencia en las maras estudiantiles –riñas e intimidaciones entre grupos rivales han llegado en pocos casos al extremo de muertes violentas– no son comparables en este aspecto con maras como la “MS” y la “18” para las cuales el asesinato de supuestos enemigos es una práctica sistematizada y casi cotidiana.

8 Esta explicación etimológica aparece en un especial sobre las maras publicado por Serapio Umanzor en el periódico hondureño *La Prensa* (30.10.2000). Tam-

tante su dudosa etimología, la palabra “mara” se utiliza hoy en día como sinónimo de “pandilla juvenil” en el lenguaje coloquial, periodístico y científico de Centroamérica, y hasta en los textos de los códigos penales salvadoreño y hondureño (leyes “anti-mara”).

La “Mara 18” –el nombre hace referencia a la calle 18 del barrio Rampart en Los Angeles– se originó como una pandilla de integrantes con ascendencia étnica heterogénea, predominantemente afro- e hispanoamericana. Al parecer, a los pocos años de existencia, pasó a ser dominada por cabecillas mexicanos. La “Mara Salvatrucha”, en cambio, fue en sus comienzos un grupo de militancia exclusivamente salvadoreña. Sin embargo, más tarde la “MS” también aceptó hispanos de origen no salvadoreño como nuevos militantes. El término “salvatrucha” era usado durante los años ochenta por los demás inmigrantes latinoamericanos para referirse en forma despectiva a los salvadoreños.⁹ La “MS” se asocia frecuentemente con el número 13. Según la mitología pandillera, la rama centroamericana de la “MS” descende de un subgrupo de la “MS” de Los Angeles que se llamaba “MS 13” y que rivalizaba con un subgrupo de San Francisco que se identificaba con el número 14. Además, el número 13 es un símbolo importante en el satanismo, y los rituales satánicos son una práctica común entre los mareros de la “MS” según relatos de (ex)pandilleros y según lo indican ciertas mutilaciones realizadas a las víctimas, que parecen haber sido asesinadas como sacrificios humanos. Mientras tanto, la “Mara 18” se (auto)asocia más con la fe en Dios y Jesucristo, lo cual se refleja por ejemplo en algunas expresiones gráficas como tatuajes y graffitis.¹⁰

bién se menciona en un artículo del ex-vicepresidente de Nicaragua Sergio Ramírez (2003). Liebel ofrece otra versión. Según él la palabra fue utilizada por primera vez por la policía guatemalteca en 1988 durante disturbios contra los aumentos de las tarifas de transporte urbano en Ciudad de Guatemala. “Marabunta” era el título de una película brasileña de aquella época. En las revueltas participaron pandillas juveniles que después adoptaron esa palabra (2003: 290).

9 El rechazo a los inmigrantes salvadoreños por las otras comunidades latinas en Estados Unidos fue expresión de un temor difundido entre éstas de tener que compartir los pocos recursos disponibles para inmigrantes con los miles de nuevos vecinos provenientes de El Salvador.

10 Esa diferencia “religiosa” entre las dos grandes maras podría ser una razón del mayor número de actos de especial crueldad (tortura, mutilaciones, etc.) registrados en El Salvador en comparación con Honduras. En El Salvador la “MS” es aparentemente más fuerte que la “18”. Según una página web, un 70% de

Con el final de las guerras civiles en Centroamérica¹¹ se inició en cierto grado una re-migración desde Estados Unidos hacia los países del istmo, lo que provocó la expansión masiva del pandillismo en las ciudades de El Salvador, Honduras y Guatemala. Muy pocos de los pandilleros de ascendencia centroamericana que regresaron a su país (o al país de sus padres) lo hicieron voluntariamente. Fue más bien la reorientación de las políticas estadounidenses de lucha contra la delincuencia la que provocó la “exportación” a gran escala del fenómeno de las maras hacia América Central. En 1996 el Congreso norteamericano aprobó una ley que facilitaba la expulsión de delincuentes extranjeros a sus países de origen. Desde entonces, unas 500.000 personas con penas de por lo menos un año de cárcel fueron deportadas a 160 naciones del mundo. El 80% de los deportados venían de (y fueron deportados a) siete países caribeños y latinoamericanos: Jamaica, Honduras, El Salvador, Colombia, México, Guatemala y República Dominicana.¹² Ya desde antes de 1996 existían en Centroamérica estructuras básicas de las maras organizadas por mareros deportados (en forma individual) en los años previos o que viajaban o habían re-migrado antes. Sin embargo, sólo con el inicio de las deportaciones masivas el pandillismo juvenil empezó a extenderse y a intensificarse hasta llegar a ser un problema de gran escala en las zonas urbanas de El Salvador, Honduras y Guatemala y a convertirse en el tema central de la seguridad ciudadana en los tres países.

Hoy en día la re-migración forzada o voluntaria de pandilleros desde Estados Unidos sólo representa una fuente muy pequeña del crecimiento de las maras, ya que el reclutamiento de mareros en las ciudades centroamericanas ha sido masivo y la afluencia de personas sin historia migratoria supera con gran margen a la de los migrantes. Los deportados no fueron más que la célula germinativa que dio inicio a un problema que hoy ya no se percibe como “importado”, o para ser exacto “re-importado”. La continuación de las deportaciones, eso sí, dificulta aún más los esfuerzos de los gobiernos y otros actores para

los pandilleros en El Salvador pertenece a la “MS” y un 20% a la “18” (<<http://www.terra.es/personal/pandilleros/ms13.htm>>, 14.04.2004). En Honduras, en cambio, parece que la “18” prevalece (ACJ/Save the Children 2002: 171).

11 En 1990 en Nicaragua, 1992 en El Salvador y 1996 en Guatemala.

12 Los datos referentes a las deportaciones provienen de Randall (2003).

contrarrestar el problema.¹³ Los deportados llegan sin tener perspectiva alguna de integrarse en el mercado laboral. Sus redes sociales y familiares están destruidas por los movimientos migratorios y la única red social a la que pertenecen en “su” país es la mara. Además, los demás miembros los admiran por su experiencia en Estados Unidos y por eso les es fácil adquirir una posición privilegiada dentro del grupo. En la medida en que su interés en perpetuar la existencia de su mara es más fuerte que el de otros miembros, más difícil se vuelve la tarea de resocializarlos.

Los deportados fueron la semilla que cayó en tierra muy fértil en Centroamérica. La razón de ser del fenómeno de las maras no son las deportaciones. Las causas de la formación y sobre todo del crecimiento explosivo de las pandillas en Honduras, El Salvador y Guatemala se hallan en la realidad social, económica y cultural de estos países –y no en la política migratoria de los Estados Unidos–. El desempleo juvenil sólo es aliviado por cierta oferta de actividades informales.¹⁴ Éstas no llegan a satisfacer las necesidades socioeconómicas de muchos jóvenes y no son adecuadas para sus posibilidades creativas e intelectuales. Así se genera la falta de perspectivas socioeconómicas y de autorrealización. A esto se suma la anomia social que existe en tantas comunidades urbanas de Centroamérica, es decir, la falta de oportunidades de integración social para los jóvenes. La mara como grupo solidario ofrece la posibilidad de adquirir prestigio social (dentro del grupo) y recursos económicos. La pobreza, el desempleo juvenil, la falta de perspectivas, las insuficiencias de la educación formal y no formal, en resumen, la desintegración social y económica de los jóvenes, constituyen las razones profundas de la delincuencia y la violencia juveniles así como del surgimiento y expansión de las maras.

13 Según Richard Randall (2003), los Estados Unidos siguen deportando delincuentes “at a rate of one every seven minutes”.

14 Honduras, por ejemplo, tiene una tasa de desempleo juvenil de 10% según estadísticas de la OIT (<<http://www.oit.org.pe/gpe/pagina.php?objetivo=23#1>>, 24.04.2004). En los países pobres las estadísticas de desempleo (también de adultos) son poco confiables. La gran mayoría de los jóvenes desempleados nunca estuvieron integrados en el mercado laboral y, por lo tanto, no son registrados como desempleados. Una estimación realista del desempleo juvenil (que incluya a las personas activas en el sector informal) superaría sin duda el 50% en las zonas urbanas.

3. Honra, territorio, drogas y violencia: “la vida loca” de los mareros

Con la expresión “vida loca” los jóvenes pandilleros se refieren a lo extraordinario de su vida en la mara. La honra, el territorio, las drogas y la violencia juegan un papel central en el vivir cotidiano de un marero, y en la mayoría de los casos definen el porqué, el cómo y el cuándo de su muerte.

En las maras existe un código de honor muy propio y rígido. Cumplir con él es un imperativo absoluto, el incumplimiento puede ser motivo de duras sanciones, incluida la muerte por parte de los demás miembros del grupo. La norma máxima es la solidaridad con la mara, por consiguiente la traición es el “delito” más severamente castigado. El nombre y el prestigio del grupo tienen que estar siempre por encima de intereses o necesidades personales. Quien pierde la vida luchando por la pandilla es recordado por los compañeros sobrevivientes como una especie de mártir. El sistema de valores de las maras tiene rasgos totalitarios y fascistoides: lo colectivo es idolatrado de manera casi religiosa, el individuo no tiene importancia (a no ser como parte de lo colectivo) y debe matar y morir incondicionalmente por el bien del grupo. En este aspecto se puede constatar cierto paralelismo entre las maras centroamericanas y las mafias italianas e ítalo-americanas. La combinación de conceptos de honra y moral provenientes de una cultura romano-católica con formas ilícitas de reproducción económica en los dos casos produce un sistema ético de grupo que al observador puede parecerle contradictorio: la solidaridad (de grupo) absoluta que exige al individuo poner en peligro su vida por el bien de lo colectivo contrasta con la inmoralidad que, para nosotros, es inherente a los actos de delincuencia, violencia y crueldad cometidos por pandillas juveniles y mafias. Pero en la lógica de estas organizaciones no existe tal contradicción, sino más bien una conexión causal recíproca entre el código moral interno y la negación de normas regulativas para con el mundo exterior: para mantener y proteger el orden interno hay que luchar sin piedad contra los “enemigos” externos, y la solidaridad incondicional hacia adentro es imprescindible para minimizar los riesgos que produce la violencia hacia afuera.

En el contexto de honra y prestigio de la mara, el territorio es una categoría de suma importancia. Para preservar su prestigio, un grupo

tiene que ejercer un control total sobre “su” territorio, sobre el barrio en que “rifa”¹⁵. Si los militantes de otra mara invaden ese espacio corren un riesgo muy alto de perder la vida, al igual que otras personas que por equivocación sean consideradas como mareros enemigos. La lucha por la integridad territorial debe ser analizada a la luz de los orígenes del pandillismo centroamericano. La historia de las emigraciones y re-migraciones (forzadas o voluntarias) así como el carácter transnacional de la red social de la mara convierte la importancia del territorio en una “re-territorialización”. Habiendo huido de las guerras civiles y de la pobreza, discriminados después como inmigrantes, expulsados y deportados finalmente, una vez en El Salvador, Honduras y Guatemala, los primeros pandilleros quedaron huérfanos entre dos naciones y dos culturas. Con violencia se conquistaron un “espacio” en sentido figurado (espacio como posición en la sociedad globalizada) y en sentido muy concreto (espacio como territorio topográfico).

Además de la importancia de las categorías honra y territorio, la “vida loca” de la mara se caracteriza por el consumo de drogas. En las maras se toma una gran variedad de sustancias psicoactivas, incluyendo alcohol, marihuana, estupefacientes sintéticos, cocaína y crack. Antes del surgimiento de estas pandillas juveniles en Honduras, El Salvador y Guatemala, Latinoamérica se consideraba sobre todo una región de producción y de comercio de drogas (dejando de lado a los miles de niños que inhalan pegamento en las calles de Bogotá y de tantas otras metrópolis). Con las maras centroamericanas existe por primera vez una subregión en la que el consumo de estupefacientes ilícitos se convierte en un problema masivo para la sociedad y el Estado. La amenaza que representan las pandillas no consiste en su mera existencia, sino en la delincuencia y la violencia que ejercen, y en este contexto el factor droga juega un papel central. El motivo de gran parte de los delitos contra la propiedad no es la necesidad de conseguir recursos de subsistencia. Contra lo que sugiere una imagen errónea que persiste en el exterior de Centroamérica, hay sólo un número muy reducido de pandilleros que entraron a la mara por necesidad económica inmediata, por ejemplo por ser o haber sido “niños de la calle”. De hecho, lo más común es que el marero viva en la casa de sus padres o de otros familiares y que no tenga necesidad de delinquir para

15 “Rifar” en el lenguaje de las pandillas juveniles significa mandar o controlar.

asegurar su subsistencia. La mayoría de los delitos contra la propiedad se cometen más bien para obtener recursos para adquirirlas drogas.¹⁶ También en lo que se refiere al grado de violencia y crueldad de los delitos contra la integridad física de personas los estupefacientes son a menudo un factor decisivo. Según numerosas entrevistas con mareros y ex-mareros¹⁷ muchas de las bestialidades más horribles¹⁸ se cometen bajo la influencia de estas sustancias. Incontables casos de asesinatos, violaciones múltiples y torturas se atribuyen al consumo de drogas. La combinación de violencia extrema y sustancias psicoactivas parece provocar en muchos victimarios una especie de delirio homicida.

La cuestión de la delincuencia y la violencia, inseparablemente ligada —como hemos visto— al tema de las drogas, merece un análisis más detallado porque en los medios de comunicación masiva de los países afectados la delincuencia se presenta a menudo como el rasgo más característico del pandillismo. Pero la delincuencia no es lo que motiva a los pandilleros a formar maras. La razón de ser de estas uniones son, más bien, la solidaridad de grupo y las ventajas de ser miembro de una organización poderosa que combina características de la familia, el Estado y de otros tipos de asociaciones como, por ejemplo, las congregaciones religiosas, las logias de masones o las corporaciones estudiantiles alemanas. No obstante, las actividades más notorias de las maras son los atracos, los robos, los chantajes, el narcotráfico, el tráfico de armas y otros delitos, hasta los asesinatos contratados. Por lo tanto, los ciudadanos y los gobiernos perciben las maras en primer lugar como asociaciones para delinquir, lo cual se ha reflejado recientemente en la aprobación de leyes “anti-maras” en Honduras y El Salvador.

Los medios de comunicación en Honduras, El Salvador y Guatemala contienen diariamente noticias sobre asaltos, chantajes, asesinatos, violaciones y otros delitos supuestamente perpetrados por los

16 En español no existe un término equivalente al concepto alemán de *Beschaffungskriminalität*, el cual abarca la gran mayoría de los delitos cometidos por los mareros. La traducción más aproximada sería: criminalidad dirigida a la obtención de los medios para la compra de estupefacientes.

17 Ver por ejemplo el especial de Serapio Umanzor sobre el pandillismo juvenil publicado en *La Prensa* (Honduras, 30.10.2000).

18 Por ejemplo, los periódicos de El Salvador y en menor pero creciente medida los de Honduras reportan casos de desmembramientos.

mareros. En El Salvador, alrededor del 50% del total de los actos criminales registrados es atribuido a ellos. Se calcula que las pandillas cometen un 45% de los asesinatos en El Salvador y Honduras, y un 20% en el caso de Guatemala.¹⁹ Además, se han encontrado indicios de que las pandillas juveniles colaboran con el crimen organizado en varios sectores de la economía ilegal, especialmente en el tráfico de drogas y armas.

La “MS” y la “18” se han repartido entre sí la gran mayoría de los barrios marginales de ciudades como San Salvador, San Pedro Sula, Tegucigalpa y Ciudad de Guatemala. De noche, los mareros tienen esos barrios completamente bajo su control y los otros habitantes evitan salir a la calle. Aun de día, las personas ajenas al barrio corren un alto riesgo de ser asaltadas o de ser despojadas de su dinero y bienes de valor de cualquier otra manera. Una forma muy común de conseguir recursos económicos es el “pedir dinero” a los transeúntes: quien se niega a pagar o no paga lo que los mareros consideren suficiente pone su vida en peligro.

Sin embargo, gran parte de las víctimas mortales se registran entre los mismos jóvenes pandilleros. Según Ramón Romero, asesor presidencial de seguridad ciudadana en Honduras, la militancia en una pandilla juvenil se limita en promedio a unos tres años, pues son pocos los que logran sobrevivir más tiempo. La ONG Casa Alianza reporta 2.089 víctimas mortales de menos de 23 años entre enero de 1998 y noviembre de 2003 sólo para Honduras.²⁰

Las dos maras rivales “MS” y “18” están enfrentadas en una guerra sangrienta. En pleitos internos, ajustes de cuentas y actos de venganza contra “traidores” mueren cientos de personas por año. Además, hay muchas víctimas “por accidente” o por “daño colateral”. Las pandillas matan a familiares y amigos de sus “enemigos”, a miembros de las fuerzas de seguridad públicas y privadas que quieran intervenir y a transeúntes casuales que simplemente tienen la mala suerte de estar en el momento equivocado en lugar equivocado.

19 Los porcentajes fueron publicados por el periódico guatemalteco *Prensa Libre* (10.12.2003) y están basados en datos oficiales de las respectivas instituciones policiales.

20 Ver <<http://www.casa-alianza.org/ES/noticias/lmn/noticia801>> (26.04.2004).

4. La estructura interna de las maras

Como hemos visto, el principio de la territorialidad es de suma importancia para la (auto-)definición de una mara. Las estructuras internas reflejan en gran medida ese principio. La entidad básica y la red social más inmediata con la que se identifica un pandillero es la “clika” (palabra aparentemente relacionada con el término *clique* que existe en francés, alemán e inglés). El radio de acción de una clika es el barrio. Para un marero la lucha por la mara es equivalente a la lucha por “su barrio”. La clika está formada por entre 10 y 20 militantes y tiene un nombre propio. “Los Santana Locos”, “The Most Locos”²¹ o “Los Pou Pou” son ejemplos de klikas de la “18” en Honduras. La estructura interna de una clika es jerárquica y se basa en una especie de sistema meritocrático: cuanto más contribuye un miembro al prestigio y al poder de su clika o de su mara en general, tanto más asciende en la jerarquía de su grupo. Un criterio importante para valorar el desempeño de un marero es el número de personas que ha matado.

Las klikas forman una red a nivel urbano, nacional e internacional, siempre divididas en los dos macro-redes “Mara Salvatrucha” y “Mara 18”. En todos estos niveles hay líderes ampliamente reconocidos, quienes alcanzaron posiciones de poder *de facto* sin que existieran jerarquías formales. Las personas que han llegado a ser cabecillas dentro de una clika o a niveles superiores han demostrado su dedicación a la mara ya sea por méritos (número de víctimas, etc.) o bien porque han logrado acumular recursos como dinero, armas o drogas. Ellos constituyen los puntos nodales de la red. Son ellos quienes coordinan acciones comunes y organizan la cooperación entre las klikas.²² Las prerrogativas de los líderes consisten sobre todo en el poder de “manejar esas agrupaciones como sus feudos” (*La Prensa*, 07.08. 2003). Ellos deciden sobre los castigos impuestos a los miembros de su grupo y sobre la distribución de los recursos adquiridos en acciones criminales. También se les atribuyen privilegios en cuanto a relaciones sexuales con mujeres pandilleras.

21 Con la palabra “locos” se hace referencia a la “vida loca”.

22 Un ejemplo de esa colaboración entre las entidades básicas se manifiesta cuando una clika está en peligro inmediato en su barrio, por ejemplo por los operativos de la policía. Con la ayuda de otras klikas, los amenazados se pueden esconder o defender fácilmente.

Según varios estudios, el porcentaje de participación femenina en las maras ronda el 20%.²³ El término con el que se designa a las mujeres que integran las maras es “haina” o “jaina”.²⁴ La función que tienen las pandilleras dentro del grupo varía. Algunas parecen desempeñar más o menos las mismas actividades que sus compañeros masculinos y tienen la posibilidad de subir en la jerarquía pandillera e incluso de liderar una clika. Una marera detenida en el año 2002 por la policía hondureña, conocida a nivel nacional como La Diabla, había sido objeto de las investigaciones policiales por ser cabecilla de una clika especialmente temida y por haber cometido personalmente varios asesinatos. Pero en la mayoría de los casos parece que las “hainas” tienen un estatus inferior y que sus actividades se limitan a actos delictivos secundarios como transportar drogas, esconder armas u hospedar a los mareros que han tenido que huir de sus barrios (*La Prensa*, 07.08.2003). Igual que en el resto de la sociedad latinoamericana las relaciones entre los géneros no son equitativas y favorecen al hombre, sin perjuicio de que excepcionalmente una mujer pueda llegar a una posición de poder. Y, también en concordancia con la realidad de la sociedad en general, hay una clara tendencia a ver a las mareras como objetos sexuales, al menos en la fase de iniciación a la mara.²⁵

Para el reclutamiento de nuevos militantes las maras recurren a una mezcla de persuasión y coerción. Los jóvenes más expuestos a estos intentos son los “simpatizantes”.²⁶ No son integrantes de la mara pero están en esporádico o continuo contacto con ella. Por relaciones amistosas, económicas o simplemente por vivir en el mismo vecindario conocen a algunos integrantes de la mara y de vez en cuando efec-

23 Ver por ejemplo ACJ/Save the Children (2002: 63) y IUDOP (1997: 697).

24 El autor no ha podido esclarecer la etimología ni el significado exacto de la palabra.

25 La práctica de iniciación para las mujeres en las maras varía según la fuente consultada, lo que podría ser resultado de diferencias existentes entre la “MS” y la “18”, o entre distintas clikas. El denominador común, sin embargo, es que las muchachas pueden escoger entre un sufrimiento físico no sexualizado, como por ejemplo golpes por parte de los demás miembros del grupo, y una opción físicamente menos dolorosa que consiste en una explotación y humillación sexual, concretamente en tener relaciones sexuales con el líder y otros dos mareros (según *La Prensa*, 07.08.2003), o bien con todos los integrantes masculinos de la clika (según Serapio Umanzor en *La Prensa*, 30.10.2000).

26 La palabra “simpatizantes” se usa mucho en los medios de comunicación haciendo claramente alusión a los “simpatizantes” de grupos terroristas.

túan pequeños servicios para ella, como transportar droga o esconder un arma. La mara paga por estos servicios con dinero o droga. Con el tiempo, la relación entre el simpatizante y los mareros se vuelve más estrecha. Los pandilleros pueden dejarlo participar en algunas actividades y lo invitan con drogas. Al mismo tiempo empiezan a persuadirlo hablándole de las ventajas de la vida en la mara. Además, en muchos casos los pandilleros presionan con chantajes o con amenazas directas hasta que finalmente el simpatizante se decide a dar el paso y se convierte en marero mediante una ceremonia de iniciación.²⁷

Una vez que se ha ingresado a la mara ya casi no hay forma de salir de ella. En varios estudios se comprobó que buena parte de los pandilleros quisiera abandonar el pandillismo y empezar una vida “normal”.²⁸ Pero la presión que ejerce el grupo en forma más o menos sutil (desde la amenaza de perder la solidaridad de los amigos hasta la de ser asesinado) suele ser mucho más fuerte que este deseo. La única forma de dejar atrás la vida activa de la mara es lo que se llama en el lenguaje pandillero “calmarse”. Un marero tiene la opción de “calmarse” si su tiempo de militancia se considera largo, tiene ya una familia o ha llegado a cierta estabilidad económica. Entonces, aunque “formalmente” no deja de ser parte de la mara, ya no tiene que participar en las actividades de la pandilla (por lo menos no en las que son delictivas o peligrosas) y así poco a poco se aleja de ella.

Muchos aspectos de la “vida loca” y de la organización interna de las maras se reflejan en una cultura muy propia del pandillismo centroamericano. Los orígenes transnacionales de la “18” y la “MS”, el código de honor y la estructura jerárquica que rige en ellas así como el papel que juegan las drogas y la violencia marcaron profundamente las expresiones culturales con las que se identifican los mareros. En el siguiente capítulo se analizan los signos de identidad más importantes considerando sus principales funciones.

27 Como rito de iniciación un aspirante masculino a la “MS” o a la “18” tiene que aguantar los golpes de los demás miembros de su futura clika por 13 ó 18 segundos respectivamente.

28 Ver por ejemplo IUDOP (1997: 707).

5. La dimensión estético-simbólica del mundo de las maras

Los integrantes de las pandillas juveniles expresan su identidad cultural por una serie de medios. Entre ellos se destacan los tatuajes, los graffitis, la forma de vestir y un *slang* muy fuerte combinado con un lenguaje de señas. El resto de la sociedad percibe los signos verbales y no verbales, visuales y acústicos que utilizan los mareros como propios del pandillismo, pero generalmente no llega a entender su significado concreto. Para los pandilleros este sistema tiene (entre otras) una función comunicativa, ya que sirve para intercambiar informaciones. Las personas ajenas a las maras no comprenden la información transmitida. Lo único que un signo marero comunica al receptor externo es la parte amenazante o provocadora del mensaje, que podría ser traducida por “Yo soy marero y como tal represento un peligro para ti”. Ahora bien, un *outfit* que choca con lo “normal” y un lenguaje que marca las diferencias con la esfera de los adultos no son nada extraordinario en las culturas juveniles de cualquier parte del mundo. Pero en las maras han surgido formas refinadas y radicalizadas al máximo de estos esquemas de comportamiento. Se podría decir que un pandillero hondureño, salvadoreño o guatemalteco le comunica permanentemente una amenaza de muerte a cualquier receptor no perteneciente a su mara.

Uno de los medios de expresión no verbales son los tatuajes. Cada pandilla tiene su propio sistema de motivos concretos y abstractos aplicados a la piel, y en cada clika ese sistema se diferencia y se interpreta de otra manera. Muy pocos tatuajes tienen una función puramente decorativa. La gran mayoría tiene un significado bien definido y fácilmente descifrable para los integrantes del mismo grupo. Casi todos los tatuajes indican a los otros mareros la organización a la que pertenece su portador. Muchos contienen información autobiográfica (una lágrima por cada compañero de clika muerto, por ejemplo). El marero lleva su vida dibujada en la superficie de su cuerpo visiblemente expuesta a los ojos de quien entienda la simbología. En la piel de muchos de estos jóvenes se puede “leer” cuántas personas han matado. Se tatúan los brazos, las manos, el pecho, la espalda y hasta partes de la cara.

José Luis Rocha (2003) analiza la función y el significado de los tatuajes de los mareros en el Reparto Schick, un barrio marginal de

Managua. Rocha explica que la marca que un propietario le tatuaba a sus esclavos en la antigua Roma se llamaba *stigma*. El pandillero intenta provocar a la sociedad mediante la auto-estigmatización. Los tatuajes informarán toda su vida sobre su (baja) procedencia social y lo identifican como una especie de paria en la sociedad, mientras que dentro de su grupo los dibujos en la piel son fuente de prestigio y respeto. El significado negativo del estigma se tergiversa y el cutis se convierte en el símbolo de estatus más importante del marero. Rocha le encuentra además un aspecto homoerótico al acto de tatuarse, pues se trata del único momento en que dos mareros pueden tener un contacto físico intenso y prolongado.

Al igual que los tatuajes, muchos nombres de clika y seudónimos personales son estigmas invertidos en sentido positivo y su función es provocar miedo o respeto. La Diabla, El Puerco, El Chatarra, Cara Cortada y Mano Negra son ejemplos de sobrenombres utilizados por los mareros. Contra lo que podría pensarse, los “nombres de guerra” no tienen una función pragmática, como por ejemplo despistar a la policía. Las fuerzas de seguridad por lo general tienen fichados a los pandilleros por sus seudónimos (se han dado casos en que la policía arrestó a un marero por un delito que había cometido otro del mismo apodo). Un pandillero se siente tan orgulloso de sus tatuajes como de su nuevo nombre, aunque no lo haya escogido él, pues generalmente es la clika la que le asigna el seudónimo cuando lo admite en la mara, convirtiendo el rito de iniciación en una especie de bautizo. De modo similar a lo que sucede en muchas órdenes religiosas²⁹, en el momento de integrarse a la comunidad el marero adquiere una nueva identidad. Este cambio radical se refleja simbólicamente en el nuevo nombre.

Otro aspecto de la nueva identidad definida por el grupo es la forma de vestir y el corte de pelo. Los pantalones anchos recuerdan a las *street gangs* de Estados Unidos y las camisetas estilo baloncesto contribuyen a la visibilidad de los tatuajes por no tener mangas. En lo que se refiere al corte de cabello, los pandilleros se asemejan a los “cabezas rapadas” europeos. Aunque esa similitud seguramente no es intencional, la misma no es sólo superficial. Igual que los *skin heads*, los miembros de la “MS” y la “18” se afeitan la cabeza para provocar

29 La cara de un monje con risa irónica o con mirada diabólica es motivo de muchos tatuajes.

rompiendo los esquemas de lo “normal” en la sociedad y creando así una marca de distinción y, al mismo tiempo, de unidad entre sí.

Una forma de expresión visual también muy importante son los graffitis. Su función no se limita a lo artístico-estético y simbólico, ya que cada dibujo sirve además para marcar el territorio de una mara. Un graffiti indica la presencia de una pandilla específica a las otras maras, a la población que habita en el barrio y a otros actores, como las fuerzas de seguridad. Como motivos, los pandilleros eligen por lo general letras o palabras escritas con una caligrafía específica de su mara. Puede ser el nombre de la mara o de la clika. También pueden ser otras palabras (por ejemplo “vida loca”), dibujos o símbolos relacionados con la vida marera (payasos³⁰, monjes, los números 13 ó 18, etc.).

Aunque los tatuajes y los graffitis tienen una función comunicativa, el medio de comunicación más importante es el lenguaje. Los mareros han desarrollado una forma de hablar muy particular que se podría categorizar como un *slang* muy fuerte con ciertas características de lenguaje secreto. La jerga marera se basa en el castellano hablado en Centroamérica. Pero contiene tantas palabras y expresiones propias que a una persona ajena se le hace casi imposible entender una conversación entre pandilleros. Una parte del vocabulario marero está constituido por palabras en inglés, lo que se explica por los orígenes (re)migratorios del pandillismo centroamericano. En muchos casos, esas palabras han sido castellanizadas fonética y gramaticalmente. Un ejemplo es el término “jomie” o “homie” con el cual un marero se refiere a los demás integrantes de su mara (o en general a sus amigos, lo que casi siempre es lo mismo).³¹ Se trata de la forma centroamericana del término “homeboy” que se usa en las *street gangs* de Estados Unidos.³² Otros términos difícilmente entendibles para terceros son palabras existentes en castellano que los mareros utilizan con un signi-

30 Un payaso con sonrisa malévola simboliza la “vida loca”.

31 Con el mismo significado se usa la palabra “vato” que no proviene del inglés. Una de las maras pequeñas que ha logrado defender su existencia e independencia contra la “MS” y la “18” y que parece contar con una militancia significativa en Nicaragua y Guatemala se autodenomina “Vatos Locos”. Aparte de “jomie/homie” y “vatos” se utiliza “broder” (“broderes” en plural) del inglés *brother*.

32 Considerando la importancia del territorio y de la solidaridad (que se asemeja a la solidaridad en la familia) resulta sintomática la alusión que hacen “jomie/homie” y “homeboy” a la palabra *home*.

ficado modificado o completamente diferente al del lenguaje estándar. La frase “aquí rifa la 18”, por ejemplo, se podría traducir como “este barrio es controlado por la Mara 18” o “en este barrio manda la Mara 18”. Es decir, el verbo “rifa” que en lenguaje estándar es sinónimo de hacer un sorteo y que en el *slang* de muchos países significa también pelear, ha adquirido en la jerga marera el significado de mandar en/dominar/controlar un barrio o un territorio.

Adicionalmente los pandilleros usan un lenguaje por señas, formando símbolos con los dedos de las dos manos. De esa manera pueden dar a entender a qué mara pertenecen y expresar una serie de otros mensajes que son, por lo general, indescifrables para personas ajenas al pandillismo.

El último medio de comunicación utilizado por las maras que queremos mencionar es la Internet. En páginas web aparentemente publicadas en servidores estadounidenses, la “MS” y la “18” presentan su propia imagen. Recientemente se inhabilitó el sitio de la “MS” (<<http://www.salvatrucha13.com>>). Las páginas de la “18” (<<http://www.xv3gang.com>>) siguen funcionando (a mediados de abril de 2004) dando una buena oportunidad para conocer la estética propia del pandillismo. La presentación de la “18” contiene (y la de la “MS” contenía) fotos de mareros con sus respectivos tatuajes y vestimentas. También hay fotos de graffitis y de pandilleros mostrando el lenguaje por señas. Las páginas contienen además elementos gráficos, como números, letras y palabras diseñados en la típica estética pandillera. En el sitio de la “18” se presentan incluso poemas escritos por mareros. Los integrantes de la mara tienen acceso a *chat rooms* y *message boards* con una clave. Además, es probable que existan otras páginas secretas que no se pueden encontrar tan fácilmente por una simple búsqueda con el robot *Google* y que no se exponen con tanta imprudencia a la inhabilitación por parte de las instituciones.

La importancia de los símbolos y las expresiones culturales así como las estructuras internas de las maras las asemejan a otros tipos de asociaciones o comunidades masculinas. Al igual que un miembro de una orden religiosa, el pandillero declara su pertenencia al grupo con un cambio de nombre y de apariencia física (el uso de seudónimos y la uniformidad de la vestimenta, el corte de cabello, etc.), se integra en una estructura jerárquica que no se legitima democráticamente, se hace miembro de la mara para toda la vida (con las excepciones arriba

mencionadas). Otra forma de asociación masculina con la que puede compararse el pandillismo son las corporaciones estudiantiles tradicionales de Alemania: el tatuaje correspondería al tajo en el rostro³³ pues ambos consisten en hacerse aplicar, aguantando el dolor, una marca visible en la piel. El consumo (a veces ritualizado) de drogas es otro paralelo: drogas ilícitas en el caso de las maras y alcohol en el de las corporaciones. En los dos aspectos que conectan el pandillismo con las asociaciones tradicionales de estudiantes –tatuaje/tajo y drogas ilícitas/alcohol– está implicado cierto grado de autodestrucción física.

6. La reacción del Estado: “Operación Libertad”, “Plan Mano Dura” y “Plan Escoba”

En los tres países más afectados –El Salvador, Honduras y Guatemala– los gobiernos han empezado en los últimos años a emprender en forma masiva acciones para contrarrestar el pandillismo.

6.1 Honduras

El primer político que logró ganar elecciones con una campaña electoral centrada en el tema de la lucha anti-mara y la seguridad pública en general fue Ricardo Maduro, presidente de Honduras desde enero de 2002.³⁴ En el traspaso del mando anunció una política de “cero tolerancia” contra cualquier tipo de delincuencia. Al día siguiente comenzaron a circular patrullas mixtas de policías y militares por las calles de las ciudades. En los barrios marginales se hicieron operativos con gran despliegue de las fuerzas de seguridad. Estos operativos se parecen a una toma por asalto: policías y militares “invaden” un barrio con armas pesadas, vehículos blindados y helicópteros y revisan casa por casa en busca de mareros y delincuentes en general. El criterio para diferenciar a los pandilleros de los no pandilleros no podría ser más simple: quien está tatuado es considerado marero y es detenido. La práctica de los controles viales es similar. El ejército y la policía paran

33 Además, la práctica de hacerse tajos en la cara puede interpretarse como un rito en el cual el iniciado tiene que pasar por una especie de combate fingido, igual que en los rituales de iniciación de las maras.

34 Lo que sin duda restó credibilidad a la prioridad otorgada a la seguridad por Maduro fue que un hijo suyo había sido secuestrado y asesinado algunos años atrás. El lema principal de la campaña fue “Maduro – futuro seguro”. Acerca de las elecciones ver Minkner-Bünjer (2001).

coches y autobuses particulares en las grandes avenidas que conectan el centro de una ciudad con un barrio marginal. Todo pasajero de sexo masculino tiene que bajar del vehículo y quitarse la camisa para mostrar si tiene o no tatuajes.

El gobierno de Maduro ha llevado a cabo estas y algunas otras medidas represivas desde que llegó al poder, pero a partir de agosto de 2003 las intensificó subsumiéndolas bajo el lema “Operación Libertad”. Como segundo pilar de su estrategia antidelictiva, aunque dotado con un presupuesto mucho más pequeño, el ejecutivo hondureño inició el programa “Comunidad Más Segura”. En ese marco se financian micro-proyectos, como por ejemplo la instalación de alumbrado público o la adquisición de un teléfono móvil por barrio para poder llamar a la policía en caso de emergencia. A pesar de estos intentos de prevención focalizada en las víctimas potenciales, el enfoque principal de las políticas de seguridad ciudadana y antimaras que realiza el gobierno hondureño está en la represión.

Que las otras fuerzas políticas en el país no rechazan de todo ese enfoque se comprobó cuando el parlamento aprobó por unanimidad la “ley anti-mara”.³⁵ Todos los partidos representados en el Congreso Nacional, incluyendo los dos pequeños partidos de izquierda, Unificación Democrática (UD) y Partido Innovación y Unidad-Socialdemocracia (PINU-SD), votaron a favor de hacer más severa la ley. El 18 de agosto de 2003 la ley modificada entró en vigencia elevando, entre otros cambios, drásticamente las penas por crear, liderar y ser miembro de asociaciones ilícitas (incluyendo las maras). Ser cabecilla o fundador de una pandilla se castiga ahora con nueve a doce años de cárcel, antes eran tres a seis años. Para los miembros llanos, las penas corresponden a un tercio de las previstas para fundadores y líderes.

El éxito inmediato de las acciones emprendidas por el Estado hondureño parece significativo, por lo menos si uno confía en las estadísticas oficiales de delincuencia. El presidente Maduro reclama que el

35 Con la Ley N° 117-2003, aprobada el 7 de agosto de 2003, se modificó el artículo 332 del Código Penal de Honduras. Véase el texto actual del Código Penal en <<http://www.congreso.gob.hn/pdf/codigopenal.pdf>> (03.08.2004). La “Ley para la Prevención, Rehabilitación y Reinserción Social de personas Integrantes de Pandillas o Maras” (N° 141-2001) del año 2001, que crea el Programa Nacional de Prevención, Rehabilitación y Reinserción Social, sigue vigente. Su texto ha sido publicado en ACJ/Save the Children (2002: 325-342).

número de homicidios ha bajado en un 57% (*Inforpress Centroamericana* N° 1544, 23.1.2004) desde la entrada en vigencia de la ley y el inicio casi simultáneo de la “Operación Libertad”. Ya en noviembre de 2003 el asesor presidencial en materias de seguridad ciudadana, Ramón Romero, hablaba de unos 700 líderes de pandillas detenidos y del consiguiente debilitamiento de las estructuras internas de las maras.³⁶ Sin embargo, sería prematuro pretender evaluar hoy las políticas de “cero tolerancia” en Honduras porque sus resultados a largo plazo son difíciles de pronosticar. En los barrios marginales el reservorio de jóvenes pasibles de ser reclutados por las maras es casi ilimitado. Durante el mandato de Ricardo Maduro no se han podido eliminar ni atenuar las causas sociales y psicosociales del problema.

Según revelan las encuestas, gran parte de la población hondureña está de acuerdo con las políticas gubernamentales y las decisiones del poder legislativo contra las maras.³⁷ El hecho de que ninguno de los partidos políticos representados en el Congreso Nacional se arriesgara a votar en contra de la modificación de la “ley antimara” es un indicio más del consentimiento de la opinión pública al enfoque represivo del gobierno de Maduro —por lo menos refleja la percepción que tienen los diputados de la opinión pública—.

6.2 El Salvador

El presidente de El Salvador Francisco Flores empezó a recurrir a un discurso de seguridad interna y de lucha anti-mara en el último año de su mandato.³⁸ El 22 de julio de 2003 anunció su “Plan Mano Dura”, un programa de medidas represivas dirigidas a contrarrestar el problema de las maras. Los dos componentes centrales del plan siguen la “receta” aplicada por Ricardo Maduro en Honduras: por un lado acciones masivas de la policía y del ejército (operativos, controles etc.)

36 Entrevista con el autor (Tegucigalpa, 20.11.2003).

37 Ver por ejemplo las encuestas “Pulso de la Nación”, publicadas en el diario *El Herald* el 2 de febrero de 2004. Según ellas, el 69,3% de los entrevistados tiene la percepción de que la situación de seguridad ha mejorado durante la gestión de Maduro y el 91,2% está a favor de la “ley antimara”. Ver <http://www.elheraldo.hn/pulso_nacion/p7pulso.jpg> (15.04.2004).

38 Sin duda, Flores escogió estratégicamente ese momento con miras a las elecciones en marzo de 2004. Su razonamiento parece haber dado los frutos esperados, ya que el candidato de su partido ARENA (Alianza Republicana Nacionalista), Antonio Saca, ganó las elecciones con un margen bastante grande.

con el fin primordial de detener el máximo número posible de pandilleros, por otro lado la introducción de una nueva “ley antimara”.

La Ley Anti Maras³⁹ no contiene penas tan severas como las que fueron introducidas en Honduras pero en otros aspectos va mucho más allá que la legislación hondureña, pues da a los jueces la facultad de tratar penalmente como a adultos a menores a partir de los doce años de edad. Además permite y recomienda la instalación de tribunales especiales para acelerar la condena de pandilleros y prohíbe varias formas de reunión en la vía pública.

Como era de esperar, Flores no pudo conseguir un consenso amplio para la aprobación de la ley en el parlamento. A diferencia de lo sucedido en Honduras, donde la cultura (política) es mucho menos confrontativa, en El Salvador los ex-revolucionarios del partido de oposición, Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y el partido gobernante de la derecha conservadora, ARENA, polarizan allí la escena política. La ley se aprobó el 12 de noviembre de 2003 con los votos de ARENA y el Partido de Conciliación Nacional (PCN). Las otras bancadas de la Asamblea Legislativa votaron en contra.

Una gran variedad de otros actores políticos y sociales compartía los argumentos de la oposición parlamentaria liderada por el FMLN. Organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos y de derechos infantiles, asociaciones de abogados, expertos en derecho y ciencias sociales así como una amplia gama de organizaciones de la sociedad civil expresaron su rechazo a la nueva ley. La crítica se puede resumir en tres argumentos centrales: 1) Tratar a menores de edad como a adultos en materia penal es incompatible con la constitución y los tratados internacionales suscritos por El Salvador. 2) Las restricciones a la libertad de reunión limitan significativamente los derechos civiles. 3) La ley dispone, además, que una persona puede ser detenida hasta 72 horas sin orden judicial y sin dar aviso a sus familiares. A ojos de los críticos de la ley esto recuerda a las desapariciones forzadas de opositores en los años ochenta.

Lo que produjo grandes dificultades al gobierno fue el hecho de que entre los que rechazaron la ley se encontraba gran parte de los

39 “Ley Anti Maras” es el título oficial. El texto de la ley se publicó en las páginas web de la Asamblea Legislativa: <<http://www.asamblea.gob.sv/>> (15.04.2004).

jueces del país. La Corte Suprema se negó a instalar los tribunales especiales antimaras. De unos 8.500 presuntos mareros detenidos por las fuerzas de seguridad en el marco del “Plan Mano Dura” hasta finales de enero de 2004 sólo 425 quedaron presos (*El Heraldo*, 31.01.2004). Los demás tuvieron que ser puestos en libertad después de las 72 horas, ya que los jueces no emitieron orden de detención sino en los casos en que tenían pruebas o indicios fuertes de un delito concreto. Con esa práctica, que justificaron alegando la inconstitucionalidad de la Ley Anti Maras, se opusieron a la nueva norma que define la sola pertenencia a una mara como punible y la tenencia de tatuajes como un indicio de ser pandillero. Obviamente, la actitud de los jueces puso en entredicho la eficacia del “Plan Mano Dura” y de la nueva ley. Por ende, provocó ataques verbales de inusual agudeza del presidente Flores y de otros representantes del gobierno dirigidas al poder judicial.

A pesar del boicot de las instancias judiciales, el ejecutivo intentó destacar el éxito de sus políticas de seguridad ante de la opinión pública. Según el jefe de la policía, Ricardo Menesses, en los primeros 150 días de implementación del plan, las estadísticas policiales registraron una reducción de homicidios del 22%.⁴⁰ Como en Honduras, una gran mayoría de la población está a favor de las políticas gubernamentales contra el pandillismo y la delincuencia en general. En una encuesta de octubre del 2003 un 88% de los entrevistados expresó su consentimiento al “Plan Mano Dura”.⁴¹ Considerando la victoria electoral de Antonio Saca (ARENA) en las elecciones del 21 de marzo de 2004 parece que el “populismo punitivo”⁴² de Carlos Flores y ARENA resultó ser una estrategia eficiente para asegurar votos.

6.3 Guatemala

Igual que en El Salvador, en Guatemala las políticas antimara se convirtieron en tema de campaña electoral en el año 2003. Sin embargo el problema no llegó a tener la importancia central que tenía en los otros

40 Citado en un especial retrospectivo sobre el año 2003 del periódico *La Prensa Gráfica*: <<http://www.laprensagrafica.com/especiales/2003/sucesos/nacion/nacion1.asp>> (12.03.2004).

41 Ver la encuesta publicada y analizada en “Seminario-Taller Centroamericano” (s.a.: 9).

42 Ver “La campaña electoral de ARENA: populismo punitivo” (2003).

países del triángulo norte centroamericano. El entonces presidente Alfonso Portillo, del Frente Republicano Guatemalteco (FRG), a quien el 14 de enero de 2004 le sucedió Óscar Berger de Gran Alianza Nacional (GAN), ordenó la puesta en marcha del “Plan Escoba” a finales de agosto de 2003. Parecido al “Plan Mano Dura” de El Salvador y a la “Operación Libertad” de Honduras, el plan de combate al pandillismo y a la delincuencia en Guatemala consistió en operativos masivos de la policía y del ejército dirigidos a la detención de los mareros. Varios partidos políticos elaboraron también propuestas de modificaciones en materia penal. Los diputados del Partido de Avanzada Nacional (PAN), un partido de oposición de centro-derecha, exigieron una reforma al código penal para ampliar la definición de lo que es una “asociación ilícita” adaptándola a la maras y, en general, para hacer la ley más severa. La iniciativa legislativa del PAN se originó cuando las estadísticas demostraban que la mayoría de los detenidos en el marco del “Plan Escoba” tenía que ser puesto en libertad por falta de pruebas (*Inforpress Centroamericana* N° 1527, 05.09.2003). Otra iniciativa para enmendar la legislación fue presentada por la Alianza Nueva Nación (ANN), un conglomerado de partidos opositores de izquierda que quería reforzar los elementos preventivos y de resocialización contenidos en la ley.

Pero el inicio de la fase preelectoral impidió que el parlamento tratara extensamente la temática y aprobara una de las enmiendas a la ley. En ese momento otros asuntos se imponían como tema de las campañas electorales, sobre todo la violencia política y la posibilidad de que el ex-dictador y violador de derechos humanos Efraín Ríos Montt (FRG) ganara las elecciones (Oettler 2004). Otro factor que explica el peso relativamente menor del problema de las maras en las elecciones guatemaltecas es independiente de la coyuntura política: Guatemala es un país mucho más rural e indígena que Honduras y sobre todo que El Salvador, en tanto que el pandillismo es un fenómeno esencialmente urbano. La mayoría de la población y del electorado, que vive en el campo y se define étnica y culturalmente como indígena, no se ve afectada por la problemática de las maras. Sus preocupaciones fundamentales se concentran en otros temas. Es decir, aunque puede ser que el número de mareros en Guatemala sobrepase el total de Honduras y El Salvador en conjunto (ver estimaciones de Sergio Ramírez en la tabla), sólo una parte relativamente pequeña de los gua-

temaltecos, particularmente la población de Ciudad de Guatemala y de otras tres o cuatro ciudades grandes, percibe el pandillismo como una amenaza seria a su seguridad personal.

Con la victoria del candidato presidencial conservador Óscar Berger en las elecciones del 28 de diciembre de 2003 se vislumbra una política de continuismo en materia de seguridad interna o bien la intensificación de medidas represivas en contra de las maras. Ya se ha anunciado un nuevo intento de enmendar la legislación con un enfoque restrictivo (*Prensa Libre*, 17.01.2004). Las propuestas alternativas de la ANN tienen tan pocas probabilidades de ser aprobadas en la nueva legislatura como en la anterior.

Resumiendo el análisis de las políticas estatales frente al problema de las maras hay que constatar que, en los tres países, el Estado recurre casi exclusivamente a medidas represivas para contrarrestar el pandillismo. Las acciones de la policía y del ejército que apuntan a la detención masiva de mareros se combinan –si las circunstancias y la distribución de fuerzas en el poder legislativo lo permiten– con modificaciones a la legislación penal diseñadas para asegurar la encarcelación duradera de los pandilleros. El consenso a favor de la política represiva que parece existir entre las sociedades y los gobiernos centroamericanos ha impulsado una cooperación intensa en esa materia. En enero de 2004 los presidentes de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua firmaron un convenio comprometiéndose a elaborar mecanismos para reforzar la cooperación en la lucha antimara, particularmente en la persecución de pandilleros más allá de las fronteras nacionales.

Sin embargo, en lo que se refiere al discurso político los gobiernos no rechazan medidas de rehabilitación y prevención. Al contrario: sea en Guatemala, Honduras o El Salvador, muchos representantes del Estado expresan frecuentemente que consideran urgente la necesidad de programas efectivos de reeducación y reintegración juveniles. Pero como no hay experiencias positivas en esa área, su disposición a inversiones masivas para este tipo de trabajo es mínima. En Honduras, por ejemplo, el asesor presidencial Ramón Romero calificó como “fracaso total” a los centros reeducativos del Instituto Hondureño de la Niñez y la Familia (CIHNFA).⁴³ Según él, los centros han sido “escue-

43 Entrevista con el autor (Tegucigalpa, 20.11.2003).

las de mareros” en vez de ser un lugar de resocialización. Mientras que el éxito de este tipo de programas sea dudoso y al mismo tiempo gran parte de la población, afectada duramente por la violencia, reclame soluciones efectivas e inmediatas no es extraño que los gobiernos recurran a la represión aunque de esta manera no se resuelva el problema fundamental.

El problema fundamental ni siquiera se resolvería con programas masivos y bien diseñados de reeducación o resocialización. Reintegrar a los jóvenes delincuentes en la sociedad no impide que las maras sigan reclutando nuevos militantes. Una verdadera prevención tendría que eliminar o al menos mitigar en forma significativa las causas socioeconómicas y psicosociales del fenómeno: la desintegración social, el desempleo juvenil, los trastornos psicológicos criminógenos que en muchos casos radican en la descomposición de las familias, lo cual a su vez se relaciona con factores socioeconómicos y sociales.⁴⁴ Aun suponiendo que los gobiernos centroamericanos tienen la seria intención de luchar contra esos problemas, sería totalmente ilusorio creer que pueden solucionarlos por sí solos. La pobreza urbana afecta a una población demasiado grande y la falta de confianza interpersonal es demasiado profunda en los barrios marcados por la anomia social. Por eso, en la siguiente parte de este artículo se va a hacer hincapié en la reacción de los actores no gubernamentales y la cooperación externa con respecto al fenómeno de las maras.

7. Las reacciones de los actores no gubernamentales y de la cooperación al desarrollo

Según las estadísticas de Casa Alianza, organización internacional no gubernamental que lucha por los derechos de niños y jóvenes, de los 551 homicidios cometidos contra jóvenes en Honduras en el año 2002 un 9% fue cometido por desconocidos que actuaban desde un “carro de la muerte”.⁴⁵ Aunque a la fecha no se tienen pruebas concretas, se

44 Al respecto véanse los resultados de diferentes investigaciones sobre la delincuencia juvenil provenientes de diferentes disciplinas relacionadas con la materia (ciencias sociales, psicología, criminología, derecho etc.) resumidos en Moser (1987).

45 Véase <<http://www.casa-alianza.org/ES/human-rights/violations/honduras/2002/perpetrador.phtml>> (24.04.2004).

supone que los “escuadrones de la muerte”⁴⁶ son culpables de estos asesinatos y además de buena parte de las muertes violentas perpetradas por desconocidos (63% del total de homicidios contra jóvenes). Altos funcionarios de los gobiernos han confirmado la existencia de tales asociaciones clandestinas, que probablemente son financiadas por empresarios. Pero el interés del poder ejecutivo en llevar a cabo investigaciones para identificar a los autores materiales e intelectuales de los crímenes parece ser limitado. En ninguno de los países se han efectuado detenciones ni ha habido éxitos significativos en las investigaciones sobre las ejecuciones extrajudiciales de jóvenes.⁴⁷ En vista de los resultados insatisfactorios de las pesquisas se supone que ciertos integrantes de las fuerzas de seguridad estatales están involucrados en las muertes sumarias. En ese contexto se destacó el caso de María Luisa Borjas, ex-subcomisionada de asuntos internos de la policía hondureña, quien en septiembre de 2002 tuvo la valentía de declarar públicamente que tenía conocimiento de unos veinte casos en los que agentes de la policía habían participado en ejecuciones extrajudiciales. Dos meses después, el ministro de seguridad, Óscar Álvarez, suspendió a la subcomisionada del cargo por “reiteradas faltas graves cometidas dentro del servicio” (*La Tribuna*, 01.12.2002).

Los “escuadrones de la muerte” se pueden calificar como la forma más negativa de desempeño de los actores no gubernamentales, o bien

46 La expresión “escuadrones de la muerte” se usa mucho en ese contexto, particularmente en los medios de comunicación de los países afectados. El uso del término, sin embargo, es problemático porque no permite diferenciar entre los grupos clandestinos que matan a presuntos pandilleros por motivos de “limpieza social” y los grupos paraestatales que existían en las décadas del setenta y ochenta con el fin de aniquilar a presuntos activistas de la oposición política. Hablar de “escuadrones de la muerte” en el caso de los jóvenes asesinados implica, en cierto sentido, afirmar que las instancias gubernamentales están involucradas en los hechos o, por lo menos, que los toleran tácitamente.

47 Con la misma ineficiencia se han realizado hasta ahora las investigaciones sobre la masacre ocurrida en la cárcel “Granja Penal El Porvenir” cerca de la ciudad La Ceiba en la costa caribe de Honduras el 5 de abril de 2003. De los 69 muertos, 66 eran presos, la mayoría jóvenes pandilleros y los restantes eran dos mujeres y un niño que estaban de visita en el penal. Las cuatro comisiones independientes que investigaron los hechos señalaron que las muertes no se produjeron como consecuencia de un motín carcelero —como hicieron creer las autoridades inmediatamente después de los acontecimientos—, sino que el personal del penal fue responsable de la matanza. No obstante, ninguno de los guardias ha sido detenido ni mucho menos se ha enjuiciado a los responsables de rango más alto.

paraestatales en vista del presunto involucramiento de agentes estatales.⁴⁸ Contrastando con esto existe, sin embargo, una serie de intentos muy positivos de la sociedad civil, particularmente de las organizaciones no gubernamentales (ONGs) y las Iglesias.

Escogimos dos ONGs de gran importancia como ejemplos:

- La ONG Casa Alianza se financia principalmente por donaciones reunidas en los Estados Unidos y en Europa. Algunos programas se realizan también con apoyo de la cooperación al desarrollo de diferentes países. En Guatemala y Honduras, Casa Alianza puede ser calificada como el actor no gubernamental central en la materia y su liderazgo es indiscutible. Una línea de trabajo está dirigida a la concientización de actores políticos y sociales sobre las numerosas muertes violentas de niños y jóvenes. En este marco un instrumento clave de la ONG consiste en elaborar, analizar y dar a conocer material estadístico y difundirlo por diferentes medios, incluso su propia página de internet (<<http://www.casa-alianza.org>>). Este trabajo de monitoreo crítico ha provocado particularmente en Guatemala amenazas de muerte y procesos judiciales en contra del personal de Casa Alianza, en especial en contra de su representante para Centroamérica, Bruce Harris. En su otra rama de actividades, la organización mantiene centros de protección para niños y jóvenes (en forma de albergues abiertos) y ofrece programas de trabajo social a los miembros, miembros potenciales y ex-miembros de maras.
- En cuanto a los programas de apoyo para salir de las maras y para la resocialización se ha ganado mucho reconocimiento el grupo de autoayuda Homies Unidos (<<http://www.homiesunidos.org>>), que opera en El Salvador y Estados Unidos. Algunos ex-mareros han formado esa organización para ofrecer su ayuda a otros pandilleros que quieran abandonar la “vida loca”. Como ex-mareros, los miembros de Homies Unidos tienen la ventaja de poder acceder a los pandilleros activos con empatía. Sus contactos con el mundo del pandillismo les abren también puertas que están cerradas para otros asistentes sociales. Sus actividades han sido bastante exito-

48 Otras reacciones negativas de la población son la privatización del espacio público en *Gated Communities* y casos de autojusticia.

sas no sólo en cuanto a su capacidad de convencer a los mareros de dejar atrás el pandillismo y empezar una vida nueva sino también en cuanto a la protección de los “convertidos” de posibles actos de venganza por parte de otros miembros de su clika.

De suma importancia para el trabajo de rehabilitación y en especial de prevención son las Iglesias. La Iglesia católica pero también muchas Iglesias protestantes-evangélicas, que aglutinan a una proporción considerable y creciente de la población centroamericana, mantienen centros de resocialización. Ahí se les da una oportunidad real a los jóvenes que renunciaron al pandillismo para que puedan salir del círculo vicioso de violencia, drogas y cárcel. Ahora bien, el activismo eclesiástico no se basa en intenciones puramente altruistas, sino que también influyen motivaciones de tipo proselitista. La resocialización va casi siempre a la par de la evangelización de los muchachos “rescatados” del pandillismo. Dadas las tendencias fundamentalistas de algunas de las Iglesias es dudoso que su trabajo en los centros de reintegración tenga sólo efectos beneficiosos para los jóvenes y para la sociedad. Pero, considerando el totalitarismo de las estructuras y lo trascendental de la “ideología” en la mara, parece que precisamente el carácter fundamentalista y radical del mensaje religioso es lo que atrae a los pandilleros.⁴⁹ Con referencia a su función preventiva hay que tener en cuenta que, aparte de las pandillas, las Iglesias representan prácticamente la única oportunidad de integración social para muchos centroamericanos.

La cooperación externa al desarrollo no se ha ocupado aún de la temática del pandillismo sino muy esporádica o indirectamente. Algunos países donantes han apoyado el enfoque represivo de los gobiernos centroamericanos con recursos financieros o materiales. Sirva como ejemplo la donación a la policía de San Pedro Sula en Honduras de 20 carros equipados para patrullajes por parte del gobierno taiwanés a finales de 2003 (*El Tiempo*, 21.12.2003).⁵⁰ La mayoría de los

49 Vázquez (s.a.) analiza en un artículo los paralelos entre las maras y las Iglesias pentecostales. Los dos tipos de organizaciones son redes sociales transnacionales, cuentan con considerables recursos económicos y de poder y exigen una entrega total e incondicional de sus miembros.

50 Los taiwaneses obviamente no escogieron por casualidad la ciudad norteña como destino de su ayuda. En San Pedro Sula y sus alrededores se concentra gran parte de la industria maquiladora de Honduras y el capital proveniente de la República

países donantes y de sus instituciones de cooperación prefiere formas menos directas y más enfocadas a resultados sostenibles. Hasta el momento, la cooperación oficial no ha iniciado proyectos grandes explícitamente dirigidos a la prevención del pandillismo o a la rehabilitación de (ex-)mareros. Pero algunos países brindan apoyo financiero a proyectos de ONGs (nacionales o internacionales) que trabajan en la materia. Entre las organizaciones no gubernamentales de cooperación hay varias que desde hace muchos años se dedican al trabajo con niños y jóvenes. Algunas lo hacen exclusivamente, como la ONG internacional Save the Children (<<http://www.savethechildren.org>>). Estas organizaciones definen su labor cada vez más como prevención anti-mara y la enfocan en ese sentido, considerando por ejemplo si una zona es o no afectada por el pandillismo en el momento de escoger los lugares para la realización de los programas. Una serie de organizaciones gubernamentales, como la Cooperación Técnica Alemana (*Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit*, GTZ),⁵¹ tienen líneas de trabajo en el sector de educación, y muchos de los proyectos en ese marco también se podrían interpretar como prevención anti-mara: mejorar la educación para reducir el número de jóvenes dispuestos a integrarse en una pandilla.

Pero en vista de la magnitud del problema, la cooperación externa debería focalizar mucho más esa temática. Se necesitan grandes programas dirigidos específicamente a la prevención del pandillismo y a la reintegración social de los (ex-)mareros. Los gobiernos de la subregión prefieren medidas represivas y cortoplacistas porque se sienten obligados a presentar resultados inmediatos a una población (y a un electorado) que exige soluciones rápidas. En cambio, la cooperación externa no está sujeta a estas presiones. Por eso le cabe cierta responsabilidad de iniciar amplias actividades cuyos efectos se producirían a mediano o largo plazo y serían más sostenibles. Es necesario intensifi-

China juega un papel importante en la maquila. La donación, para así decirlo, aumenta la seguridad de la población de San Pedro y al mismo contribuye a proteger las inversiones taiwanesas.

- 51 La GTZ trabaja en el tema de la integración social de jóvenes con su proyecto PROJOVEN en Guatemala. Véase al respecto Heidrun Gilde (s.a.). Hace varios años las fundaciones políticas alemanas comenzaron a ocuparse de la temática de las políticas juveniles, por ejemplo la Fundación Friedrich Ebert (Friedrich-Ebert-Stiftung, FES) en forma de su apoyo al Foro Nacional de Juventud (FNJ) en Honduras.

car el trabajo preventivo con niños y jóvenes, realizar más programas de generación de empleo juvenil y encarar la temática de resocialización de los jóvenes delincuentes. Si consideramos las luchas sangrientas entre las maras y entre éstas y los Estados como una nueva forma de conflicto armado, los países donantes tendrían que intervenir al respecto también en el marco de sus estrategias de resolución y prevención de conflictos.

8. Las maras y sus consecuencias para el desarrollo y la paz en Centroamérica

Honduras, El Salvador y Guatemala están entre los países más pobres de Latinoamérica. Indiscutiblemente el fenómeno de las maras tiene efectos negativos en cuanto a sus perspectivas de desarrollo. La vida social en los barrios marginales de las ciudades grandes se paraliza si los vecinos temen por sus vidas cada vez que salen de sus casas. Eso perjudica la participación socio-política y el desarrollo comunitario en el barrio. Las noticias sobre asesinatos, robos y asaltos contribuyen a la reputación internacional negativa de estos países como inseguros y caóticos. Tan mala fama puede tener consecuencias desastrosas en una subregión que pone grandes esperanzas en el turismo y sobre todo en inversiones extranjeras como factores importantes de su modelo de desarrollo. Las reacciones represivas de los gobiernos y las medidas legales e ilegales de los grupos no gubernamentales y de la población para combatir el pandillismo o para protegerse de él (*Gated Communities*, escuadrones de la muerte, justicia por propia mano) han llevado a una (re)militarización del Estado y de la sociedad. Lo poco que han avanzado Honduras, El Salvador y Guatemala en los últimos años en cuanto a una democratización política y social se ve puesto en peligro por estas tendencias.

El desarrollo socioeconómico de los países centroamericanos ha sido influenciado y fuertemente retrasado por un sinnúmero de guerras y conflictos armados desde su independencia de España. La región no se ha recuperado aún del todo de las guerras civiles de los años ochenta y principios de los noventa. Las maras se podrían interpretar como actores en un nuevo tipo de conflicto armado en Centroamérica. La situación en que se encuentran El Salvador, Honduras y en menor medida Guatemala se parece bastante a una situación de guerra si con-

sideramos las siguientes características del conflicto entre la “MS”, la “18”, el Estado y los grupos clandestinos que llevan a cabo ejecuciones extralegales de jóvenes:

- El total de muertes violentas llega casi al nivel de los tiempos de guerra civil; en El Salvador lo sobrepasa. Buena parte de estos homicidios está relacionada con las maras y la lucha antimara.
- En cuanto al número de combatientes (entre mareros, fuerzas de seguridad oficiales y privadas y escuadrones de la muerte), el conflicto es comparable a los conflictos armados “tradicionales”.
- Un actor del conflicto es el Estado,⁵² el cual emplea a las fuerzas armadas (no sólo a la policía) en el combate.
- Una categoría central en el conflicto es el territorio.

No obstante, el término “guerra civil” no es del todo adecuado para referirse al problema de las maras. El uso de esa expresión encubriría las diferencias con los conflictos armados de las dos décadas pasadas en Centroamérica y, con la situación actual en Colombia, por ejemplo. Los motivos de los actores, las causas y los orígenes de los conflictos y las formas de combate son demasiado distintos para ser subsumidos en la misma categoría. Las pandillas son un fenómeno difícil de categorizar. Se ubican en una zona gris entre la guerra y la paz, una paz marcada por la delincuencia.⁵³ Las maras son más que asociaciones ilícitas con fines económicos, ya que cuestiones de honra e identificación juegan un papel central. De hecho se asemejan en ese aspecto a actores armados de tipo político-ideológico. Pero no se pueden equiparar a los grupos guerrilleros porque la “MS” y la “18” no tienen la intención de tomar el poder en el Estado ni mucho menos quieren cambiar el sistema socio-político. Sin embargo, no es ninguna exageración definir a las maras como actores de un nuevo tipo de conflicto armado que tiene algunos rasgos propios de las situaciones de guerra.

52 Según varias definiciones, uno de los criterios utilizados para determinar la existencia de una “guerra” es la participación activa de por lo menos un Estado como actor en el conflicto. Véase por ejemplo: <http://www.sozialwiss.uni-hamburg.de/publish/Ipw/Akuf/kriege_aktuell.htm#Def> (24.04.2004).

53 Con referencia a las “zonas grises entre paz y guerra” y en cuanto a la “globalización de sombra” o “globalización oscura” en la que se inscribirían las maras como redes criminales transnacionales, ver Kurtenbach/Lock (2003).

9. Reflexiones finales: las maras como forma de integración social entre la familia y el Estado

La identificación del pandillero con su mara es absoluta e incluye matar y morir por ella. En los párrafos sobre la dimensión estético-simbólica del pandillismo centroamericano hemos analizado los signos culturales más importantes que facilitan esa identificación. Pero el hecho de que un pandillero arriesgue continuamente su propia vida por su grupo indica que tiene que haber una razón más profunda que explique lo atractivo de las maras para los jóvenes. Esa atracción reside en las funciones que tiene la pandilla en la vida del marero. Las maras llenan el vacío que dejaron las familias, la sociedad y el Estado en cuanto a solidaridad, integración social y oportunidades de autorrealización.

Una mara es una red social transnacional que funciona bien, cuyos miembros forman una comunidad jerárquica de apoyo mutuo y en la que la solidaridad de grupo es incondicional. En lugares y situaciones fuera del alcance de la propia clika los “homies” de otros barrios, ciudades o países brindan su ayuda. El muchacho marginalizado y desamparado ante la pobreza y la falta de perspectivas se convierte en parte de una organización poderosa. Equipado con armas y drogas puede llegar a sentirse casi omnipotente.

Para muchos mareros la pandilla también tiene la función de sustituir a la familia. Un indicio de eso es la relación etimológica entre “homie” y *home*. Según varios estudios buena parte de los pandilleros son hijos de madres solteras.⁵⁴ La falta de un padre no es *per se* la causa de que un joven se integre en una mara. Está demás decir que una mujer que cría sola a sus niños puede inculcarles los mismos valores que un hombre. La razón es más bien la precaria situación socioeconómica de los hogares liderados por mujeres. La madre tiene que conseguir los recursos económicos necesarios para la subsistencia de su familia. En muchos casos, esas circunstancias no le permiten brindar a sus hijos la atención y el afecto que requieren, ni mucho menos el dinero necesario para asegurarles una buena educación y suficientes oportunidades de autorrealización. Los jóvenes provenientes de familias con jefe de hogar masculino son atraídos por las maras sobre todo

54 Véase por ejemplo ACJ/Save the Children (2002).

si existen síntomas de desintegración familiar, como el alcoholismo o la violencia intrafamiliar.

Las pandillas juveniles cumplen para sus militantes funciones que generalmente se consideran propias del Estado pero que éste no cumple o cumple de manera muy insatisfactoria en los países del triángulo norte de Centroamérica. El monopolio de la violencia por parte del Estado es violado a diario por las maras (y también por los escuadrones de la muerte). Es más, en los barrios controlados por las pandillas, éstas ejercen un poder que podría considerarse como el ejercicio de un cierto monopolio de violencia. La importancia que tiene para ellas la categoría territorio recuerda el significado que tienen para el Estado nacional el territorio nacional y la inviolabilidad de las fronteras. Países como Guatemala, El Salvador y Honduras, con estadísticas de pobreza de entre 60% y 80%, no llegan a proporcionar a sus ciudadanos condiciones socioeconómicas que les aseguren una vida digna ni les ofrezcan oportunidades de ascenso social. Las maras, en cambio, sí representan para sus miembros una posibilidad real de acceder a bienes de consumo, incluso a bienes que se pueden considerar “de lujo”. También les facilitan oportunidades de reconocimiento y prestigio social. Aunque las maras tampoco puedan garantizar que todos sus integrantes podrán dejar atrás la pobreza y la miseria para siempre, ofrecen por lo menos una posibilidad de escapar y olvidar la situación mediante el uso de drogas aunque sea en forma temporal. No es asombroso que un joven se pueda identificar mejor con una poderosa red transnacional que con un Estado insignificante a nivel internacional y débil en cuanto a asuntos interiores. La corrupción y la ineficiencia como características del Estado contrastan con la honra y la solidaridad como fines supremos del pandillismo. Las maras han desarrollado expresiones culturales sumamente atractivas para los jóvenes y un sistema de símbolos marcado por la emocionalidad y la trascendencia. El simbolismo del Estado (himno nacional, bandera y también instituciones representativas como el presidente o el parlamento) se basa en una racionalidad y en una tradición apenas comprensibles para los jóvenes.

El Estado no logra que sus ciudadanos se identifiquen con él, más bien es causa —o parte de la causa— de que miles de ellos emigren cada año en busca de una vida más digna en otras partes del mundo. Parece irónico que precisamente esa emigración masiva haya jugado un papel

clave en el origen de las pandillas juveniles que hoy en día ponen en cuestión el Estado como forma de integración social. Las maras se pueden considerar como organizaciones sociales paralelas y en algunos aspectos competidoras del Estado.

En el contexto de niñez y juventud en América Latina, el tema de la delincuencia juvenil se ha vuelto central. Por razones históricas, culturales y sociales, entre los jóvenes marginalizados del triángulo norte de Centroamérica se han formado organizaciones muy particulares, las maras, que se distinguen de otros grupos de jóvenes delincuentes en muchos aspectos, sobre todo en cuanto a su estructura interna y signos culturales de identificación. Pero las causas que motivan a tantos muchachos a convertirse en criminales son las mismas en todo el subcontinente: la desintegración social y económica y la falta de oportunidades de ascenso social y autorrealización individual. Para contrarrestar el problema, tanto en Centroamérica como en las demás partes de América Latina, no se carece de leyes restrictivas ni de otras formas de represión. Lo que urge son políticas juveniles a gran escala impulsadas por los gobiernos, la sociedad civil y la cooperación externa que estén dirigidas sobre todo a crear oportunidades de integración socioeconómica para los millones de jóvenes pertenecientes a los sectores marginalizados de la población. Ahora bien, hay que ser consciente de que ningún esfuerzo de política juvenil resultará satisfactorio mientras las políticas económicas y sociales conducidas por los actores internos y externos no logren reducir significativamente la pobreza y la exclusión social en América Latina.

Páginas web

Casa Alianza: <<http://www.casa-alianza.org>>
 Dresdner Bank Lateinamerika: <<http://www.dbla.de>>
 Homies Unidos: <<http://www.homiesunidos.org>>
 IberoDigital – El archivo digital de prensa del Instituto de Estudios Iberoamericanos (Hamburgo): <<http://www.rrz.uni-hamburg.de/IK/IberoDigital/>>
 “Mara Salvatrucha”: <<http://www.salvatrucha13.com>> (inhabilitado)
 “Mara 18”: <<http://www.xv3gang.com>>
 Save the Children: <<http://www.savethechildren.org>>
 United Nations Population Fund Honduras (UNFPA): <<http://www.unfpa.un.hn>>

Bibliografía

- ACJ (Asociación Cristiana de Jóvenes)/Save the children (2002): *Las maras en Honduras: Investigación sobre pandillas y violencia juvenil, consulta nacional, propuesta de programa nacional de atención, ley especial*. Tegucigalpa: ACJ.
- Ayala, Edgardo (2003): “Guerra contra pandillas”. En: *Noticias Aliadas* (13.10.2003) = <http://www.elcorreo.eu.org/esp/article.php3?id_article=2314> (19.04.2004).
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2001): *Marginados en México, El Salvador, Nicaragua y Panamá*. En: <<http://www.ilo.org/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/youth/doc/not/libro266/libro266.pdf>> (27.04.2004).
- (2002a): *Anuario Estadístico 2001 de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- (2002b): *Panorama social de América Latina 2001-2002*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Chacón, Ricardo (1999): *Salud y juventud, salud para la juventud. Por un mejor futuro, participación y salud integral*. En: <http://www2.ops.org.sv/adolesc/tc/estrategia_comunicacion_nov99.htm> (27.04.2004).
- Friedrich-Ebert-Stiftung et al. (2003): *¿Son las y los jóvenes actores o víctimas de la violencia? Memoria*. Tegucigalpa: Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Frühling, Hugo/Tulchin, Joseph S./Golding, Heather A. (eds.) (2003): *Crime and Violence in Latin America. Citizen Security, Democracy and the State*. Washington, D.C./Baltimore/London: Woodrow Wilson Center Press/The Johns Hopkins University Press.
- Gilbert, Jorge (2000): “Comunidades hispanas en los Estados Unidos: algunos antecedentes socio-políticos e históricos”. En: <<http://www.consuladoschile.org/latinos.pdf>> (05.04.2004).
- Gilde, Heidrun (s.a.): “Guatemala: Asesoramiento en política juvenil – innovador y orientado hacia las necesidades. Experiencias del proyecto juvenil PROJOVEN”. En: <<http://www.cinterfor.org.uy/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/youth/doc/not/libro228/libro228.pdf>> (24.04.2004).

- Hoffmann, Bert (2003): "Die Lateinamerikanisierung der USA. 38,8 Millionen Latinos in den USA: Kurze Erkundung einer neuen Macht". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 12-03, pp. 115-122.
- IUDOP (Instituto Universitario de Opinión Pública) (1997): "Solidaridad y violencia. Los jóvenes pandilleros en el gran San Salvador". En: *Estudios Centroamericanos* (ECA), N° 585/586, pp. 695-710.
- Kurtenbach, Sabine/Lock, Peter (2003) (eds.): *Kriege als (Über)Lebenswelten: Schattenglobalisierung, Kriegsökonomien und Inseln der Zivilität*. Bonn: Dietz.
- "La campaña electoral de ARENA: populismo punitivo" (2003). En: *Estudios Centroamericanos* (ECA), N° 657/658. En: <http://www.uca.edu.sv/publica/ued/eca-proceso/ecas_anter/eca657.html> (24.04.2004).
- Liebel, Manfred (2003): "Jugendbanden und Strassencliquen in Zentralamerika – oder: Die schwierige Suche nach Gerechtigkeit in einer gewalttätigen Gesellschaft". En: Merckens, Hans/Zinnercker, Jürgen (eds.): *Jahrbuch Jugendforschung 2003*. Opladen: Leske + Budrich, pp. 283-310.
- Minkner-Bünjer, Mechthild (2001): "Honduras nach den Wahlen: Chancen für mehr Demokratie in Sicht?". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 23-01, pp. 249-260.
- Moser, Tilmann (1987): *Jugendkriminalität und Gesellschaftsstruktur*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Oettler, Anika (2004): "Guatemala: Demokratie auf dem Nährboden der Gewalt. Zu den Perspektiven des Friedensprozesses unter der neuen Regierung Berger". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 03-04, pp. 25-36.
- Peetz, Peter (2004): "Zentralamerikas Jugendbanden. 'Maras' in Honduras, El Salvador und Guatemala". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 05-04, pp. 49-64.
- Ramírez, Sergio (2003): "Pesadilla Compartida". En: *El Tiempo* (Honduras), 26.09.2003, <<http://www.tiempo.hn/edicante/2003/sept/sept26/Editor~1/editoria.htm>> (26.09.2004).
- Randall, Richard (2003): "500.000 criminal deportees from America wreaking havoc. An AP Investigation". En: <<http://www.azcentral.com/arizonarepublic/news/articles/1026exports26.html>> (05.04.2004).
- Rocha, José Luis (2003): "Tatuajes de pandilleros: estigma, identidad y arte". En: *Envío*, n° 258, pp. 42-50.
- Sangmeister, Hartmut (2002): "Zur Situation der Kinder in Lateinamerika". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 19-02, pp. 193-204.
- (2003): "Lateinamerikas Bevölkerung altert. Das Bevölkerungswachstum hat sich verlangsamt, die Lebenserwartung steigt". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 17-03, pp. 167-178.
- "Seminario-Taller Centroamericano sobre Iniciativas gubernamentales para la represión de pandillas Informe de El Salvador" (s.a.). En: <<http://www.redlamyc.web.com.uy/Documentos/Correos%20enviados/Informe%20EI%20Salvador.doc>> (19.04.2004).
- UNDP (United Nations Development Programme) (2003): *Human Development Report 2003. Millennium Development Goals: a compact among nations to end human poverty*. New York: UNDP.

- Vásquez, Manuel A. (s.a.): "Saving souls transnationally: Pentecostalism and Gangs in El Salvador and the United States". En: <<http://livedtheology.org/pdfs/MVasquez.pdf>> (26.04.2004).
- Wöhlcke, Manfred (2000): "Das Bevölkerungswachstum in Lateinamerika – Konsequenzen für Entwicklung, Stabilität und Umwelt". En: Bodemer, Klaus et al. (eds.): *Lateinamerika Jahrbuch 2000*. Frankfurt/Main: Vervuert, pp. 30-49.